

ACTO UNICO

Un salón en una casa de campo.—Puerta en el fondo que da á un pórtico con marquesina.—En el horizonte, montañas.—Puertas laterales.—A la izquierda, una chimenea.—En el fondo del salón, á la derecha, un piano.—En primer término, á la derecha, una ventana que da al campo.

ESCENA PRIMERA

AGUSTÍN y JUAN.

Al levantarse el telón, la escena está vacía.—AGUSTÍN aparece en el fondo bajo la marquesina y mira lentamente en derredor suyo.—JUAN le sigue lleno de asombro.

JUAN, entrando.

¡Acabará este señor por decir lo que quiere!

AGUSTÍN, en el pórtico.

¡Ni el jardín, ni la casa... nada ha cambiado... nada! Los árboles no han crecido. Entra y mira á de-

recha é izquierda. Los muebles son los mismos de siempre.

JUAN, tímidamente.

Por lo visto el señorito conoce la casa.

AGUSTÍN.

Esta mesa... estos sillones... Y los candelabros... los candelabros que eran de nuestro abuelo... nada ha cambiado de sitio. Se acerca á la chimenea.

JUAN, aparte.

Puede que sea ese señor de Perpiñán que tiene que venir á componer el reloj.

AGUSTÍN, delante de la chimenea, en pie.

¡Qué emoción tan extraña me causa ver todas estas cosas!

JUAN.

Sí que llega usted á tiempo, porque el reloj anda como loco hace cosa de dos meses, y creo que al mío de bolsillo no le vendría tampoco mal un poco de aceite.

AGUSTÍN, se aleja de la chimenea y sigue mirando por todas partes hasta que se detiene delante del piano.

¡Un piano! ¿Para qué? A JUAN. ¿Quién toca aquí el piano?

JUAN, estupefacto.

¿Eh? ¿Que quién toca el piano? Vaya una pregunta. ¡La señora!

AGUSTÍN.

Parece que han aprendido á tocar el piano desde que me marché. ¡Hay tiempo de aprender tantas cosas en cuatro años!

JUAN, aparte.

¡Vamos, ya entiendo! No es el señor de Perpiñán que iba á venir á arreglar el reloj; pero de seguro es el otro señor de Perpiñán que tiene que venir á afinar el piano.

AGUSTÍN.

¡Qué es esto! ¿Qué me pasa? Se me doblan las piernas; se me va la cabeza... Cae sentado á la izquierda.

JUAN.

¡Me gusta! El buen señor no se anda con chiquitas. Eh, caballero; si no quiere usted decir quién es, no puede usted quedarse aquí más tiempo.

AGUSTÍN.

¡Muy bien dicho! ¿Cómo te llamas?

JUAN.

Me llamo... me llamo como me pusieron en la pila, y le advierto á usted que si viene usted con ánimo de molestar, aquí también sabemos dónde nos aprieta el zapato.

AGUSTÍN.

Vamos, cálmate, montañés arrogante. Vamos á ver: ¿sabes dónde está tu amo?

JUAN.

El señorito ha ido á visitar una viña, aquí á dos pasos de casa, y pronto le puedo ir á buscar, si es que no me basto y me sobro solo para ponerle á usted de patitas en la calle.

AGUSTÍN.

Pues mira: vas á ir en seguida á buscar á tu amo y le dices que hay aquí un caballero que quiere hablarle.

JUAN.

¿Qué caballero?

AGUSTÍN.

Que venga y lo verá; y en pago de todo el mal humor que te estoy causando hace un rato, toma esto, que te tranquilizará de seguro. Le alarga una

moneda de plata. Tómalo, hombre, no tengas miedo, que no es falsa.

JUAN, tomando la moneda.

La verdad es que no parece usted mala persona, y voy á complacerle á usted avisando al señorito. Pero... Se acerca á la puerta andando de espaldas. como todavía no le conozco á usted mucho y mientras yo me voy va usted á estar solo en casa, con permiso de usted cerraré la puerta; es decir, no hace falta, porque allí viene el señorito.

AGUSTÍN.

¿Solo? ¡Corazón, más despacio!

ESCENA II

AGUSTÍN, JUAN y ANDRÉS.

ANDRÉS entrando, muy sorprendido.

¡Agustín!

AGUSTÍN se levanta, y con los ojos llenos de lágrimas alarga los brazos á ANDRÉS, que se precipita en ellos.

¡Andrés! ¡Andrés!

Quedan un momento estrechamente abrazados.

ANDRÉS.

Deja que te mire; me parece que no te he visto nunca. Eres tú, tú, Agustín, mi hermano Agustín, nuestro Agustín.

AGUSTÍN, sonriendo.

Agustín en persona. Otro abrazo... ¡No puedes figurarte la alegría que es para mí volver á vertel!

ANDRÉS.

Pero... dime: ¿cómo? ¿cuándo? ¿por qué? Habla; no, no hables, primero siéntate. ¡Ajaja! Ya no te vuelves á marchar, ¿eh? Has vuelto para siempre, ¿verdad?

AGUSTÍN.

Sí, sí, ¡para siempre!

ANDRÉS.

¿No te separarás ya nunca de nosotros?

AGUSTÍN.

¡Nunca!

ANDRÉS.

¿Nos lo prometes?

AGUSTÍN, sonriendo.

¡Os lo prometo!

ANDRÉS, yendo y viniendo por la habitación como loco.

¡Dios mío, Dios mío, qué alegría! Agustín, Agustín ha vuelto. ¿Cómo acostumbrarme á creer que es verdad? ¡Agustín ha vuelto!

AGUSTÍN.

¡Ay, chiquillo, qué gusto me da verte correr por la casa como cuando eras pequeño!

ANDRÉS.

Es que no he cambiado, soy como siempre: el niño, ya verás.

AGUSTÍN.

Ya lo veo... Y á mí, ¿me encuentras cambiado?

ANDRÉS.

A ver... sí, un poco. Señor: ¡ya tienes canas! ¿Es posible á tu edad?... ¿Has sufrido mucho desde que te marchaste?

AGUSTÍN.

Yo... ¿sufrir? No. Un solterón no sufre nunca... Son los viajes; ¿quién sabe? Al pasar por Terranova puede que me haya caído en la cabeza un poco de nieve. Pero ella se derretirá con este sol tan hermoso.

ANDRÉS.

¿Terranova? ¿Has ido á Terranova? ¡Ya es un viajecito! Verdad es que en cuatro años hay tiempo de ir á Terranova... de ir varias veces, y hasta de volver como tú has vuelto. Pero ¿dónde has dejado el coche? ¿Dónde tienes el equipaje? ¿Por dónde has venido?

AGUSTÍN.

Como quería llegar sin armar ruido, para sorprenderos un poco...

ANDRÉS.

¡Un poco!

AGUSTÍN.

He dejado el coche detrás de los olivos de San Vicente y he venido paseando. Ahora, que hagan el favor de ir á buscarle y bajar los baúles.

ANDRÉS, aparte.

Ya lo oyes, Juan.

JUAN, que estaba retirado, respetuosamente se acerca.

Está bien, señorito.

ANDRÉS.

Anda á decir al cochero que acerque aquí el coche. Subes los equipajes del señorito á su cuarto.

Porque tu cuarto está como siempre, Agustín; nadie lo ha tocado. Puede que esté un poco frío. ¿Quieres el mío? Eso es, el mío. ¡Qué tonto soy! Toda la casa es tuya; de modo que te instalas donde te parezca.

AGUSTÍN, riendo.

Déjame en paz de cuartos. ¿Qué importa el cuarto siendo en la casa de los que quiero?

ANDRÉS.

Tienes razón. A JUAN. ¡Listo!.. y si encuentras... ya sabes... ni una palabra.

JUAN.

Sí, señorito. ¿Detrás de los olivos ha dicho el señorito?

AGUSTÍN.

Sí. Ah, oye: en el coche hay una cajita blanca; esa no la subas con los baúles: tráela aquí en seguida. A ANDRÉS. Una sorpresa, ¿sabes?

JUAN, riéndose.

Para la señora; cualquiera lo adivina. Sale.

ESCENA III

AGUSTÍN y ANDRÉS.

ANDRÉS, en pie, delante de Agustín.

¡Cuatro años! ¡Cuando pienso que hace ya cuatro años! ¡Cuatro años sin verse, Agustín!

AGUSTÍN, con un poco de azoramiento.

¿A qué hablar del pasado? Ya estamos reunidos; ¿qué más podemos desear?

ANDRÉS.

Es que, ya ves tú, aunque pasemos juntos todo lo que nos queda de vida, siempre me faltarán cuatro años en la cuenta. ¡Por mucho que hagas, me los deberás siempre!

AGUSTÍN, sonriendo.

Ya ves que me arrepiento. No me riñas más.

ANDRÉS.

Tienes razón: se acabó. Más bajo. Sin embargo, un día ú otro tendrás que confesarme qué es lo que te hizo huir de nuestra casa, de esta casa en la que habíamos jurado vivir y morir juntos; ¡esta casa donde murieron el padre y la madre! La verdad,

la verdad, ¿qué te pasó? Porque ya ves tú, es raro, nosotros que éramos tan felices, que habíamos vivido siempre tan unidos...

AGUSTÍN.

Basta, te lo pido. Me hace daño oírte. Sí, Andrés, cualquier día sabrás lo que quieres saber, te lo prometo: te lo diré todo; pero más tarde. Hoy me costaría demasiado confesártelo. Hablemos de ti, de vosotros, de tu felicidad y la suya; cuéntame vuestra vida, vuestra hermosa vida, que tanto deseo conocer y que será la mía de hoy en adelante. ¡Qué felices vamos a ser los tres!

ANDRÉS.

Sí, muy felices... ¡Y pensar que te he llegado a aborrecer! Sí, he pasado meses enteros aborreciéndote, pero de verdad. ¿No lo crees? Había prohibido que pronunciasen tu nombre delante de mí; verdad es que yo era el primero en olvidar la prohibición.

AGUSTÍN, bajando la voz.

También ella se debió enfadar mucho conmigo, ¿verdad?

ANDRÉS.

¿Ella? ¿Ella?... ¿Hablas de Susana?

AGUSTÍN.

¡Naturalmente!

ANDRÉS.

¡No, la pobre, no! No estuvo nunca enfadada contigo. ¡Nunca supo enfadarse con nadie!

AGUSTÍN.

Es verdad; pero te quería tanto, que bien hubiera podido odiarme un poco por cariño hacia ti.

ANDRÉS.

No, no...; es decir, creo que no... Además, Susana no hablaba casi nunca de ti; no pronunciaba tu nombre, por temor á disgustarme, sin duda.

AGUSTÍN, á quien estas últimas palabras han hecho estremecer.

Sí, comprendo. Silencio corto. ¡Cómo os queráis, Andrés, cuando me marché!

ANDRÉS, bajando la cabeza.

¡Es verdad, nos queríamos mucho!

AGUSTÍN, mirándole atentamente.

Y ahora, ¿eres tan dichoso como entonces?

ANDRÉS.

¿Por qué me preguntas eso, Agustín? De sobra sabes que no puedo contestarte.

AGUSTÍN.

¿Por qué? ¿Qué dices? ¿Acaso tu felicidad no lo es mía también? ¿Por qué no quieres que te pregunte si eres feliz?

ANDRÉS, haciendo un esfuerzo.

¿Es de mi felicidad presente ó es de mi felicidad pasada de la que quieres que te hable?

AGUSTÍN.

¡No... no te entiendo, Andrés! Dices unas palabras tan extrañas. Cualquiera que te oyese creería que ha pasado en tu casa algo que yo no sé...

ANDRÉS, espantado.

¿Cómo? ¿No sabes?

AGUSTÍN.

¿Qué? ¿Qué quieres que sepa? ¡Yo que he vivido cuatro años lejos de aquí, al otro extremo del mundo! ¡Habla, habla pronto, por Dios, que me estás matando!

ANDRÉS.

¡Ay, Señor, Señor... y yo que no te decía nada!
¡La alegría de volverte á ver me ha vuelto loco!

AGUSTÍN, mirando en derredor con inquietud.

¿Por qué no está aquí Susana? Corre á la puerta del fondo y llama. ¡Susana! ¡Susana! Volviendo de repente al lado de ANDRÉS. ¡Susana! Andrés, ¿dónde está Susana?

ANDRÉS.

¡Susana ha muerto!

AGUSTÍN.

¡Muerta! ¡Susana ha muerto! ¿Qué dices? No es posible; ¡por Dios, Andrés, dime que no es verdad!

ANDRÉS.

Susana ha muerto.

AGUSTÍN.

¡Señor! ¡Y para oír esto he vuelto yo! ¡Ay, los pobres ausentes saben á veces extrañas noticias á la vuelta! Pausa. Andrés, dame la mano, tu mano querida. Tu desgracia es mía también, y bien cruel, te lo juro. ¡Pero no importa! A través de nuestras lágrimas aún debemos dar gracias al cielo que me envía á tu lado para ayudarte á sufrir tu dolor. Llorando juntos, las lágrimas son menos

amargas. Soltando la mano de ANDRÉS. Dime, ¿hace mucho tiempo que se ha muerto que tú no llevas luto ya?

ANDRÉS.

Tres años.

AGUSTÍN.

¡Tres años... Dios mío!

ANDRÉS.

Imposible mandártelo á decir. No he sabido nunca dónde estabas.

AGUSTÍN, gravemente, después de una pausa.

No importa, Andrés. El luto de una pena tan grande se debe llevar siempre. Con exaltación. La mano de Dios me ha traído aquí... ¡Muerta!.. ¡Muerta!.. Hay palabras que se pronuncian sin poder llegar á comprenderlas.

ESCENA V

DICHOS y JUAN.

JUAN, cantando muy alegre.

«La pena y la que no es pena
todo es pena para mí...»

Se detiene en la puerta con un látigo en la mano izquierda y una caja al hombro. Señorito: el coche está á la puerta, y...

ANDRÉS.

¡Vete, vete! ¿Me has oído? Te he dicho que te vayas.

JUAN, entregando la caja á AGUSTÍN.

Señorito... si es la caja... la caja que el señorito me mandó traer.

AGUSTÍN, levantando la cabeza.

¿Qué? ¿Qué dices? ¡Ah, sí: ya sé lo que trae! No podía llegar más á tiempo Cogiendo la caja. Advínalo que hay aquí dentro. Joyas... para la muerta. Devolviendo la caja á JUAN. En las novelas pasan cosas así.

ANDRÉS.

Vete, Juan.

JUAN.

Ya me voy, ya... es que le iba á decir al señorito que la señorita está en su cuarto, y que...

AGUSTÍN.

¡La señorita!

ANDRÉS, lanzándose hacia él.

Sí... sí...; ahora te diré...

JUAN.

Y como me figuraba que los señoritos querían darle una sorpresa, quería avisarles antes de que baje.

CLARA, fuera.

Ya sé quién es, ya sé quién es. Lo he adivinado, y estoy segura de que no me equivoco.

JUAN sale.

ESCENA V

AGUSTÍN, ANDRÉS y CLARA.

AGUSTÍN, de espaldas á la puerta de la izquierda.

¡Señora!

CLARA, á ANDRÉS.

¿Es él, verdad? Ese ingrato de quien tanto me has hablado... Le conozco, le conozco; tenemos su retrato arriba. Acercándose á AGUSTÍN. Buenos días, hermano.

AGUSTÍN, retrocediendo, en voz baja.

¡Es posible, Dios mío!

ANDRÉS, sonriendo tímidamente.

Mi mujer, Agustín.

CLARA.

Su hermana de usted, Agustín.

AGUSTÍN.

Usted no es mi hermana, señora.

ANDRÉS, suplicante.

¡Agustín!

AGUSTÍN.

¡Mi hermana se ha muerto!

CLARA.

¿Quiere usted que yo intente sustituirla?

AGUSTÍN, volviendo la cabeza.

¡No, no! ¡Estoy soñando!

ANDRÉS, bajo, á CLARA.

Vete, vete. Ahora tiene una pena muy grande.
Un poco más tarde... cuando esté más tranquilo...
Vamos, Clara.

AGUSTÍN, á media voz.

¡Clara!.. Se llama Clara; la otra se llamaba Susana... Clara... Susana... ¡Susana es un nombre mucho más bonito!

ANDRÉS, á CLARA.

Haz el favor.

AGUSTÍN, muy suavemente.

¡No, no! Quédese usted, quedese usted. No quiero molestar á nadie; mejor hubiera hecho en no venir... eso es todo. Va hacia la puerta.

ANDRÉS.

¡Marcharte! ¿Te quieres marchar? ¡Me quieres dejar otra vez! Pero ¿qué te he hecho, Dios mío?

AGUSTÍN.

¡Es preciso que me vaya!

CLARA.

Soy yo quien le hace huir á usted, ¿verdad?
¡Tanto me odia usted!

AGUSTÍN.

¿Por qué la he de odiar yo á usted, señora? No la conozco á usted, no quiero conocerla.

ANDRÉS, en tono de reproche.

¡Agustín!

AGUSTÍN.

Ya ves cómo es preciso que me vaya... si me quedase aquí siquiera un momento, podrían esca-

párseme ciertas palabras... que vale más que nadie oiga... Se dirige hacia la puerta.

ANDRÉS, poniéndosele delante.

Agustín, hermano, háblame; dime qué te he hecho, qué es lo que tienes que echarme en cara. ¡Pero, por Dios, no te vayas así!

AGUSTÍN, volviendo con él al centro de la escena.

¿Quieres que hable?

ANDRÉS.

¡Sí; quiero!

AGUSTÍN.

Entonces, escucha. ¿Te acuerdas de los cuentos que te contaba cuando eras niño? Pues un cuento como aquellos es el que te voy á contar antes de marcharme. El último, eso sí, el último. Oye bien. Eran dos hermanos que se querían mucho. Como el destino les dejara huérfanos muy pronto, el mayor de los dos servía de padre al otro y le había dado toda su vida. Un día, en aquel corazón consagrado al amor fraternal, nació un cariño de otra clase. El mayor de los dos hermanos se enamoró: se enamoró perdidamente, pero al principio luchó contra su amor. El pobre hombre se decía á sí

mismo que no tenía derecho á apasionarse así, que su antiguo cariño hacia el hermano se iba á ver sacrificado al nuevo. Mientras luchaba en lo más hondo de su alma... y la lucha era dura, porque la pasión le había cogido de firme, su hermano pequeño... una mañana, vino á echarse en sus brazos con el grito de guerra de los enamorados de veinte años.—¡Quiero y me quieren!—¿Y cómo se llama esa mujer á quien quieres y que te quiere? --preguntó el mayor sonriendo. Cuando supo el nombre se puso muy pálido... porque... los dos querían á la misma mujer.

ANDRÉS, precipitándose hacia él.

¿Qué dices?

CLARA, bajo.

¡Ahora comprendo!

AGUSTÍN.

Ante la confesión de su hermano, el mayor de los amantes se creyó obligado á ahogar la pasión de su alma. Como no había hablado á nadie de su amor, nadie supo lo que sufría. Además, parece que hizo muy bien las cosas, y los que estaban á su lado siempre le vieron sonreír... Durante un mes, los otros se quisieron... delante de él, y él los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DAUDET"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO